

## Cine cubano: Recuerdo y presencia actual

Fue en 1913. No lo olvidamos, porque caló hondo en nuestra sensibilidad vibrante de cubanía. Por la pantalla del Politeama pasó *Manuel García*, la primera película cubana de que tenemos recuerdo. Y algo más, obra principal en el propósito de plasmar en la pantalla las leyendas y relatos de la lucha criolla por la independencia, la libertad y la soberanía a través de un siglo.

Aquella noche, el Rey de los Campos de Cuba surcó la pantalla como un héroe legendario, entre los aplausos y los vivas del público. Se nos encogió el corazón y sentimos la garganta apretada muchas veces. Conocíamos al personaje y cuánto había forjado la imaginación popular en torno a su figura arrebatada, pugnaz, conflictiva. Cuando se alzó ante nosotros, magnificado por el lente, ungido por la luz, nos pareció que marchábamos junto a él por la campaña criolla. Y desde entonces quedó su estampa viva inserta en nuestra sensibilidad cubana y cinematográfica.

Vimos muchas veces el film *Manuel García*, siempre entre un público entusiasta, emotivo, enfervorizado por el sentimiento patriótico y por la convicción de asistir al nacimiento de una cinematografía nacional. Vinieron luego *El capitán mambí*, *La manigua* o *La mujer cubana*, *El rescate del brigadier Sanguily*, *El tabaquero de Cuba*, *La zafra* o *Sangre y azúcar*. Y creció el interés por el cine. Y se afirmó el criterio de una cinematografía cubana, enraizada en aquella sin par historia de heroísmo y decoro que Martí veía con hontanar fecundo de un teatro nuestro por los temas y asuntos, y por la forma igualmente criolla.

Pero de ahí en adelante, con la muerte de Enrique Díaz Quesada, a quien se debió este promisorio período cinematográfico nuestro, el cine cubano se desorienta lastimosamente y cae, si exceptuamos algún que otro film aislado, como *La virgen de la Caridad*, en la ramplonería, la superficialidad y la plebeyez. Y la compulsión se acrecienta con la llegada del

sonido, al determinar el trasplante a la pantalla de la escena bufo-cubana, fórmula teatral ya entonces agostada, ajena a la tremenda problemática económico-política, social, iniciada con la guerra hispano-cubano-norteamericana. Y agudizada sin cesar desde 1902 a esta hora de liberación y soberanía en la que Cuba viene a llenar el papel continental y universal que Martí le asignaba.

Así, desde 1921 o 1922 fuimos de desilusión en desilusión, si excluimos, queremos reiterarlo, *La virgen de la Caridad*, y algún que otro film como *Ahora seremos felices*, excepcional y afirmativo no obstante la parvedad de sus aciertos. Y no queremos mencionar los muchos agravios que la llamada cinematografía nacional les hiciera al sentimiento patriótico y a la sensibilidad cinematográfica.

El hecho nos ha dolido durante muchos años, por lo mismo que sabíamos bien las dificultades del problema del cine en nuestro país. Y más, por entender que el film es forma de arte con superior posibilidad para plasmar la problemática social; y por creer que Cuba estaba urgida de esclarecer en toda su complejidad la causa radical de sus males. Sabíamos que era poco menos que inimaginable ir a fondo en tales extremos; y que ya se encargarían las fuerzas negativas de aquí y de afuera de hacer imposible semejante intento. Pero sí creíamos que había no pocas fórmulas para lograr, si quiera levemente, el empeño.

El primero de enero de 1959, la esperanza cobró fuerza de nuevo. Tuvimos la certeza de que el Gobierno Revolucionario entendería de veras la significación del cine, y haría cuanto fuera posible, para crear una industria y un arte cinematográficos nuestros.

Los hechos nos han dado la razón. Muchas veces lo hemos expresado y nos ha sido dado durante el último año apreciar en su valía más de una cinta corta, prometedora de empeños de talla mayor. En la noche del viernes estuvimos, al fin, ante ese hecho y la proyección de *Historias de la Revolución*, primer largometraje del Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos, nos avivó el recuerdo de *Manuel García*, de *El*

rescate del brigadier Sanguily, de *La manigua* o *La mujer cubana*, de *La zafra* o *Sangre y azúcar*. Le debemos una emoción, de altura. Y una nota justipreciadora de sus fallas y aciertos.

Tomado de "Tablas y Pantalla", en *El Mundo*, 3 de enero de 1961.